

LA ABOMINACIÓN DE LA DESOLACIÓN

Las profecías de Jesucristo referentes a lo que ocurrirá al Final de los Tiempos están contenidas en los Evangelios Sinópticos, junto a las que anuncian la destrucción de Jerusalén. Si bien hay que decir, acerca de la circunstancia de que se encuentren unidas, que la Tradición secular de la Iglesia, el testimonio de los Padres y del Magisterio, además del sentimiento de los fieles, no han mostrado nunca vacilación alguna en distinguirlas.

Como es lógico, una vez transcurrido el momento histórico de los acontecimientos que dieron al traste con la nación judía, y confirmado el exacto cumplimiento de lo que había sido profetizado, a los cristianos solamente les quedaba interesarse por las predicciones sobre el Final de la Historia.¹ Las cuales, tanto por su carácter de trascendencia para toda la Humanidad, como por proceder de la boca del mismo Jesucristo, siempre fueron consideradas como de *máxima importancia*. En definitiva, estamos ante uno de los tres grandes hitos de la Historia del Mundo, a saber: La Creación, la Redención y la Parusía.

Dentro de los acontecimientos profetizados que han de preceder de manera inmediata a la llegada de la *Parusía* (segundo y definitivo Advenimiento del Señor), existe uno de especial relevancia que, unido al hecho de su extraño y arcano contenido, ha atraído poderosamente la atención de la Humanidad durante siglos. Es cosa sabida que el

¹Los hechos ya pasados dejaban de pertenecer al ámbito de la profecía para pasar al de la Historia.

texto profético al que vamos a dedicar nuestra atención ha provocado entre los seres humanos un interés por demás intrigante, desde el momento en que fue pronunciado hasta el día de hoy.

El texto al que nos referimos tiene que ver —para quien sepa entenderlo— con uno de los acontecimientos que han de marcar el Final de los Tiempos: la aparición de la *abominación de la desolación, la cual será erigida en el lugar santo*.

El texto profético está contenido en el Evangelio de San Mateo y —con una ligera diferencia de matiz, prácticamente inapreciable y que en realidad viene a confirmar lo dicho en San Mateo— también en el de San Marcos. Aquí vamos a centrar, sin embargo, nuestro estudio en la versión de San Mateo por parecernos la más apropiada para el caso, y que dice así:

Cuando veáis “la abominación de la desolación”, predicha por el profeta Daniel, erigida “en el lugar santo” —quien lea, entienda—, entonces los que estén en Judea, que huyan a los montes; quien esté en el terrado que no baje a tomar nada de su casa; y quien esté en el campo, que no vuelva atrás para tomar su manto.²

Pero antes de ponernos a investigar el posible significado de esta profecía, conviene recordar algunas nociones previas que, junto a su utilidad para mantenernos dentro del ámbito de lo razonable, ayudarán a impedir deslizamientos hacia el terreno de las fantasías y de las vanas elucubraciones.

Ante todo, debemos tener en cuenta la peculiaridad del lenguaje profético. Oscuro por naturaleza, ambiguo, necesitado de interpretación, impreciso y desvinculado de circunstancias concretas, tanto

²Mt 24: 15–18. Según el texto de San Marcos, *cuando veáis “la abominación de la desolación” erigida donde no debe —quien lea, entienda—, entonces los que estén en Judea que huyan a los montes...* (Mc 13:14).

de tiempo como de lugar, que pudieran ser fácilmente reconocibles. Lo cual no obsta para que el lenguaje profético —si se trata de verdadera profecía— *sea absolutamente veraz y digno de asentimiento*. Su contenido suele ser difícil de interpretar, y de ahí que con tanta frecuencia sea malentendido. No es extraño, por lo tanto, que solamente sea comprendido por un número muy reducido de privilegiados.³ Debemos insistir, no obstante, en que la verdadera profecía no es cuestionable, dado que procede de un Dios infinitamente Veraz y único conocedor de los acontecimientos y de las acciones futuras y libres de los hombres; por lo que merecen completo asentimiento por parte de los fieles, aun teniendo en cuenta la oscuridad de su significado.

Dicho lo cual, ya podemos plantear el primer problema que nos presenta la profecía: la razón del empleo del lenguaje profético. ¿Por qué utilizar un lenguaje arcano y ambiguo, de difícil interpretación y susceptible de ser malentendido, cuando el profeta —en último término Dios, que es de quien procede y de donde adquiere su valor la profecía— hubiera podido expresarse con la claridad suficiente para ser comprendido y fácilmente aprovechado por todos?

Es evidente, por lo que se refiere a la investigación en tan delicados problemas, que es necesario proceder con prudencia. Partiendo de lo conocido con certeza, hay que manejar con cuidado los datos disponibles: eliminando prejuicios, procurando establecer conclusiones lógicas y razonables deducidas de premisas ciertas. . . , y siempre

³En cuanto a las profecías contenidas en la Sagrada Escritura, y muy especialmente las pronunciadas por Jesucristo, no existe problema alguno en lo que se refiere a su veracidad. En cuanto al reducido número de quienes serán capaces de penetrar su sentido, también aquí intervienen la imprecisión y la ambigüedad; pues nadie podrá pretender haberlas entendido en su verdadero y total significado.

sin dejarse conducir por la imaginación ni por hipótesis puramente personales.

Pero en definitiva, y volviendo de nuevo al fondo de la cuestión, ¿por qué hablar obscuramente cuando podría hacerse con claridad? ¿Y no es de tener en cuenta que aquí está en juego el destino eterno de demasiada gente?

Ante todo, debe quedar clara una cuestión acerca de la cual no cabe discusión. Pues Dios obra siempre con vistas al bien del hombre, y no procede nunca al albur o sin alguna razón que justifique sus acciones.

Un punto de aproximación, que quizá sea capaz de proporcionar pistas para un cierto esclarecimiento del problema, tal vez pueda hallarse en el paralelismo a establecer con el tema de las parábolas. Preguntado Jesucristo en cierta ocasión acerca de por qué hablaba en parábolas, respondió claramente que su doctrina estaba destinada a ser entendida por algunos, pero no por todos. Tal *discriminación*, según se desprende de sus propias palabras, parece depender exclusivamente de la buena o mala disposición de los oyentes: escuchan y entienden aquéllos que tienen voluntad y un corazón dispuesto a oír la buena doctrina; mientras que oyen, pero no escuchan ni entienden, quienes por su mala voluntad han cerrado obstinadamente su corazón:

Los discípulos se acercaron a decirle:

—¿Por qué les hablas en parábolas?

Él les respondió:

—A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no se les ha concedido. Porque al que tiene se le dará y tendrá en abundancia, pero al que no tiene incluso lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no

ven, y oyendo no oyen ni entienden. Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice:

*“Con el oído oiréis, pero no entenderéis;
con la vista miraréis, pero no veréis.
Porque se ha embotado el corazón
de este pueblo,
han hecho duros sus oídos,
y han cerrado sus ojos;
no sea que vean con los ojos,
y oigan con los oídos,
y entiendan con el corazón y se conviertan,
y yo los sane.”⁴*

De donde se deduce que, efectivamente, Dios habla en ocasiones en un lenguaje deliberadamente obscuro. Al parecer, con el fin de no ser entendido *por aquéllos que no han querido escuchar*. Pero sí para ser comprendido por quienes tienen bien dispuesto y abierto su corazón: *A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no se les ha concedido*. Tal modo de proceder de Dios, sin embargo, se encuentra muy lejos de ser arbitrario o caprichoso. Quienes no escuchan ni entienden, es sencillamente porque no lo desean: *Porque se ha embotado su corazón, han hecho duros sus oídos y han cerrado sus ojos*. De la misma Escritura se desprende que la Palabra de Dios solamente puede ser entendida por aquéllos que la reciben con buena voluntad, y de ahí que podamos decir, utilizando ideas de la parábola del sembrador, que únicamente da fruto cuando cae en buena tierra: *Y otra parte de la semilla cayó*

⁴Mt 13: 10–15.

*en tierra buena, y cuando nació dio fruto al ciento por uno.*⁵ Mientras que cuando alguien libremente ha decidido prescindir de Dios y ha optado por la Mentira, se vuelve incapaz de escuchar y entender la enseñanza divina: *El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no la escucháis, porque no sois de Dios.*⁶

Alguien podría preguntar por qué Dios se empeña en hablar a quien, de todas formas, no quiere escuchar. ¿Por qué las parábolas, o las profecías, expresadas ambas en un lenguaje arcano, a sabiendas de que no van a ser entendidas por muchos...? Aún más todavía; pues en realidad habría que decir que Dios no obra aquí meramente *a sabiendas*, sino incluso *intencionadamente*, aunque para algunos pueda parecer escandaloso. Y sin embargo, la razón de tal proceder no resulta difícil de entender: todo obedece, ni más ni menos, a las más estrictas exigencias de la Justicia, a saber: *para que quede constancia*, como bien claramente lo dicen las palabras mismas de Jesús: *Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado. Pero ahora no tienen excusa de su pecado.*⁷ Dios habla y advierte al hombre con palabras animadas por el amor que le profesa: palabras de vida para quien quiera escuchar, de las que bien puede aprovecharse. En cambio, para quien se empeña en desdeñarlas y despreciarlas (lo que equivale a hacer de Dios un embustero), sólo resta la imposibilidad de entender lo que oye, además del correspondiente castigo que luego habrá de seguirse. La Teología clásica, o la que siempre ha enseñado la Iglesia, hablaría aquí de que las enseñanzas a las que nos referimos están destinadas solamente a los *elegidos*; únicos que, según Jesucristo, superarán las difíciles pruebas y tribulaciones de los Últimos Tiempos y que precederán inmediatamente a la Parusía.

⁵Lc 8:8; cf Mt 13:8; Mc 4:20.

⁶Jn 8:47.

⁷Jn 15:22.

Pero la Teología modernista rechazaría rotundamente la expresión de *elegidos*, puesto que no está dispuesta a admitir el concepto de predestinación, dado caso que todos los hombres han sido salvados, según su teoría de la salvación universal para toda la Humanidad.

Para aprovechar la riqueza de contenido de la Palabra de Dios hace falta cierta afinidad con el Espíritu, puesto que sólo Él es el Maestro capaz de proporcionar la inteligencia de las enseñanzas de Jesucristo y, en general, de la Escritura: *Os he hablado de todo esto estando con vosotros; pero el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todo y os recordará todas las cosas que Yo os he dicho.*⁸ Lo cual, como fácilmente puede comprenderse, posee especial relevancia cuando se trata de palabras proféticas, ya de por sí expresadas en un lenguaje obscuro y ambiguo.⁹ Esto tenido en cuenta, pasemos ya a reflexionar acerca del contenido de nuestra profecía:

Cuando veáis “la abominación de la desolación”, predicha por el profeta Daniel, erigida “en el lugar santo” —quien lea, entienda—. . .

Durante siglos, exegetas y escritores de toda especie, eclesiásticos y no eclesiásticos, se han esforzado en investigar y descubrir el misterioso significado de la expresión *la abominación de la desolación*. Con resultados prácticamente nulos. Pues no bastan en estos

⁸Jn 14: 25-26.

⁹He aquí la razón de la existencia de tantos *teólogos*, bien provistos de títulos y de laureles académicos, pero cuya falta de vida interior se traduce en una *ignorancia total* con respecto a la verdadera Teología. Cometieron el grave error de creer que la *ciencia de Dios* se adquiere solamente en los libros y en las bibliotecas, tal como se hace con los tratados de algunas ciencias humanas. Por otra parte, la susodicha *ciencia*, de la que se consideran expertos, ha sido refrendada por ilustres Universidades, en las que abundan los *Maestros* que ni siquiera creen en Dios.

temas los esfuerzos de la imaginación o de la fantasía humanas. Sólo llevando a cabo un detenido estudio de los textos, sobre la base de lo que se pueda extraer de ellos con cierta seguridad y contando con las luces de lo Alto, quizá sea posible llegar a conclusiones que, aunque de escaso número y de resultados siempre insuficientes, satisfagan en parte nuestro deseo de saber. Y lo que es más importante todavía: que nos suministren elementos que sean de utilidad para nosotros en el camino de la salvación.¹⁰

Si nos atenemos a la regla que nos hemos propuesto de no avanzar sino sobre terreno seguro, podemos adelantar ya una primera conclusión: la expresión *la abominación de la desolación* posee un significado que, efectivamente, responde a *una realidad*. Desde luego que no se trata de un *flatus vocis*. Pues Dios no tiene por norma dirigirse a nosotros en un lenguaje vacío de contenido; ni menos aún en forma de jeroglíficos o de acertijos. El solo pensamiento de la posibilidad de que Dios nos hablara para no decirnos nada, resulta absolutamente absurdo. Que durante tantos siglos no se haya logrado avanzar prácticamente en cuanto a su significado, no quiere decir que Dios nos haya hablado de forma tan misteriosa como para no

¹⁰La Palabra de Dios no fue pronunciada para sonar en el vacío o para no ser oída ni entendida por nadie, sino para nuestra utilidad y salvación. Según San Pedro, *tenemos así mejor confirmada la palabra de los profetas, a la que hacéis bien en prestar atención como a una lámpara que alumbra en la oscuridad, hasta que alboree el día y el lucero de la mañana amanezca en vuestros corazones* (2 Pe 1:19). En cuanto a las enseñanzas de *nuestro querido hermano Pablo* —dice también San Pedro— reconoce que hay en ellas cuestiones difíciles, como en tantos lugares de la Escritura: *En ellas hay algunas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los débiles interpretan torcidamente —lo mismo que las demás Escrituras— para su propia perdición* (2 Pe 3: 16). Luego la Escritura ha sido escrita para nuestro provecho; y habrá en Ella cuestiones difíciles o incluso muy difíciles; pero sólo los *débiles e ignorantes* serán quienes las interpreten torcidamente.

ser entendido por nadie (para lo cual jamás se habría determinado a dirigirse a nosotros). En todo caso no podemos achacar la falta de resultados sino a nuestras propias limitaciones.

Aunque es de suponer que, al menos unos pocos, habrán logrado intuir algo, siquiera sea de manera confusa e incompleta, acerca del contenido de esta profecía.¹¹ Debemos recordar, sin embargo, que las luces que otorgan estos carismas no se componen bien con la publicidad, como suele ocurrir siempre con las gracias extraordinarias que Dios concede a ciertas almas privilegiadas. Al fin y al cabo, en lo que a estas cuestiones se refiere, siempre habrá que tener en cuenta las palabras del Arcángel Rafael a Tobías: *Es bueno esconder el secreto del rey*.¹² Y es cosa sabida que Dios no revela sus mejores secretos, o sus más íntimas comunicaciones, sino a sus amigos, o a aquéllos que verdaderamente lo aman; como expresamente lo dice el mismo Jesucristo: *Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros, en cambio, os he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer*.¹³

Pero desde luego, como hemos dicho más arriba, el lenguaje profético, por obscuro que sea, está destinado a ser entendido al menos por algunos, puesto que no todos poseen las disposiciones para recibirlo. De todas formas es seguro que Jesucristo ha transmitido algún mensaje en esta profecía, y de extrema importancia además, para los hombres que han de vivir los Últimos Tiempos. Como decía el profeta Amós: *En verdad, no hace el Señor cosa alguna sin que re-*

¹¹Por lo general, las profecías no están destinadas a revelar su completo significado hasta el momento de su cumplimiento, y con mayor razón aún las que se refieren a los Últimos Tiempos: *hasta que alborce el día y el lucero de la mañana amanezca en vuestros corazones*, como hemos visto que decía San Pedro.

¹²To 12:7.

¹³Jn 15:15.

*vele sus designios a sus siervos los profetas.*¹⁴ A los profetas, desde luego; pero también a sus siervos que lo aman y se dejan conducir por el Espíritu.

Que la expresión *la abominación de la desolación* contiene efectivamente una comunicación de lo Alto, lo indica expresamente el mismo Jesucristo con sus palabras: *Cuando veáis... “el que lea, entienda”*. Si fijamos la atención en esta segunda frase —*el que lea, entienda*—, llegaremos a una doble conclusión: ante todo, que la expresión es susceptible de ser entendida y que posee, por lo tanto, un contenido; por otra parte, que solamente algunos —probablemente una insignificante minoría— serán capaces de percibir algo de su significado, según se desprende del sentido obvio de la frase tal como se usa en el lenguaje corriente: *quien sea capaz de entenderlo, que lo entienda*. Y por supuesto que no todos poseen un corazón tan bien dispuesto como para llegar a conseguirlo.

Así pues, *la abominación de la desolación* es una realidad. Tan terrible como para provocar verdadero temor entre los hombres... , si fueran capaces de creer en ella. Pero, en todo caso, admitida su existencia como hacemos nosotros por la fe, ¿qué puede ser, o qué puede significar esa expresión?

Según lo previamente propuesto acerca del necesario esfuerzo para intentar no dar pasos en falso, parece lo más conveniente, ante todo, concentrar nuestro esfuerzo en prescindir de la imaginación. Ciertamente son muchas las fantasías y figuraciones que se han ideado a propósito de *la abominación de la desolación*. Construidas a menudo a base de montajes en los que aparecen figuras extravagantes y absurdas, aparentemente extraídas de las novelas y cuentos de terror, ideadas por mentes calenturientas que tratan de atemorizar sobre todo a gentes sencillas y crédulas: imaginar, por ejemplo, un

¹⁴Am 3:7.

Personaje poderoso y maléfico, sentado en un trono humeante desde el que difunde el terror y la muerte, es cosa más bien adecuada para los comics y las películas de suspense. Desgraciadamente, podemos estar seguros de que *la abominación de la desolación* será algo mucho más serio y desolador que todo eso.

Que *la abominación de la desolación* será algo definitivo y tremendamente sobrecogedor lo dice claramente, aunque de forma indirecta, el mismo Jesucristo. Según Él, una vez llegado el momento en que haya sido erigida en el lugar santo, *los que estén en Judea, que huyan a los montes; quien esté en el terrado, que no baje a tomar nada de su casa; y quien esté en el campo, que no vuelva atrás para tomar su manto*. Aunque todo parece indicar que se trata de formas del lenguaje, esas palabras encierran efectivamente un significado *real* que, sin duda alguna, se refiere a *una situación sumamente seria* en la que el peligro de perder la vida corporal será probablemente el menos grave que haya que temer. Lo que aquí se vislumbra es algo mucho más importante y decisivo: *pues lo que realmente estará en juego tendrá que ver con la salvación o la condenación eterna* de muchos. El destino de los cuales dependerá en gran parte de ese Poder Misterioso al que se refiere *la abominación de la desolación*.

Lo cual anda muy lejos de no ser más que una afirmación gratuita. Sin perjuicio de tratar del tema más adelante, podemos adelantar ya el hecho de que el contexto en el que habla Jesucristo, cuando alude a la erección de *la abominación* en el *lugar santo*, se refiere sin duda a la salvación, pues no es posible asignar a sus palabras —y menos aún a las pronunciadas en este lugar— otro objeto u otro sentido.

Y siguiendo con nuestro propósito de proceder con cuidado, procuremos descartar de nuestro estudio, por ejemplo, en cuanto al concepto que podamos hacernos de *la abominación de la desolación*, la

idea de guerras y de catástrofes telúricas o cósmicas. Las cuales han de ocurrir ciertamente al final de los Tiempos.¹⁵ Pero no será probablemente este aviso de peligro el más temible que habrán de afrontar los cristianos, una vez que haya sido erigida en el lugar santo la misteriosa *abominación*. Como algo lo más propio de lo que corresponde a la *Bestia* apocalíptica —instrumento a su vez de Satanás—, su arma principal de devastación y perdición será, sin duda alguna, la Mentira.¹⁶ Su increíble capacidad de engaño estará manejada, además, por quien jamás los creyentes hubieran podido sospechar y de la forma que menos hubieran sido capaces de imaginar. Y de ahí que los mismos *elegidos* estarían expuestos a ser inducidos al engaño si tal cosa fuera posible. En definitiva, *masas enteras de fieles serán seducidas por “la abominación de la desolación”, al tiempo en que la aclamarán con entusiasmo y se sentirán dispuestas a seguir dócilmente sus consignas*. El libro del Apocalipsis contiene a este respecto unas palabras verdaderamente inquietantes: *Y toda la tierra, admirada, siguió a la bestia*.¹⁷

Lo dicho acerca de que *la abominación de la desolación* —pese a lo espantoso del concepto que evocan tales palabras— aparecerá acompañada del Engaño como un arma principal de seducción, no es un afirmación gratuita. Ha de tenerse en cuenta que será *erigida en*

¹⁵De todas formas, como cosa la más probable y dada la lógica de los acontecimientos, parece que la *abominación de la desolación* precederá a la serie de catástrofes universales, profetizadas para los Últimos Tiempos, y que ciertamente habrán de ocurrir.

¹⁶*La abominación de la desolación* probablemente no se identifica con la *Bestia* apocalíptica. Parece más lógico pensar que la *abominación* será a su vez uno de los acontecimientos que también tendrá su marca de origen en la *Bestia*. No obstante, aunque todo tiende a dar a entender que será después cuando ésta última se muestre ya claramente (Mt 24:29), es indudable que una y otra están íntimamente relacionadas.

¹⁷Ap 13:3.

el lugar santo. Expresión ésta última que no da cabida precisamente a situaciones pavorosas de terror o de huida ante un inminente peligro. Todo lo contrario. Puesto que *la abominación* será entronizada *en el lugar santo* es más proclive a dar lugar a ideas de culto, de veneración, de respeto y hasta probablemente de adoración. Lejos de huir a los montes, o de quedarse en el campo —tal como aconseja Jesucristo anunciando la llegada de un peligro devastador—, los fieles se sentirán inducidos a tributarle su más completo testimonio de sumisión y alabanzas. En definitiva, el resultado no será otro sino el de que infinidad de creyentes *tributarán culto a lo que no será más que un testimonio blasfemo de apostasía y que, a su vez, se convertirá para ellos en la señal inequívoca de su próxima perdición*.

Otro punto importante, pocas veces tenido en cuenta, es el de que *la abominación de la desolación* afectará sobre todo a la Iglesia. Lo cual quiere decir a los católicos.¹⁸ El hecho de que *la abominación* será erigida *en el lugar santo* indica claramente que afectará directa y principalmente a la Iglesia, y por lo tanto a los fieles. Lo cual no quiere decir que vaya a carecer de transcendencia para el resto de la Humanidad. Es indudable que los acontecimientos de los Últimos Tiempos son de alcance universal. Pues si Jesucristo hace suya la profecía de Daniel (Da 9:26 y ss; 11:31; 12:11), es porque entiende

¹⁸Dado que la Iglesia Católica es la Única y Verdadera, fundada por Jesucristo para la salvación de los hombres, no tendría mucho sentido hablar aquí de *cristianos*. Por mucho que pese al Ecumenismo —al verdadero o al falso—, la multitud de Iglesias llamadas *Cristianas*, no pueden aplicarse el nombre de *Iglesia* o de *Cristianas* sino de forma gratuita y sin fundamento alguno en la verdad. Cuando la Escritura, la Tradición, los Padres o el Magisterio multiseccular hablan de la *Iglesia* se refieren exclusivamente a la única que existe, cual es la *Católica*. Las ovejas no pertenecientes a este redil es necesario *traerlas*, a fin de que formen parte del único que existe, según lo enseñado por el mismo Jesucristo: *Tengo otras ovejas que no son de este redil, y a esas también es necesario que las traiga, y oirán mi voz y formarán un solo rebaño, con un solo pastor* (Jn 10:16).

que la exaltación de *la abominación* en el lugar santo trasciende el Nuevo Testamento para abarcar el Antiguo, e incluso toda la Historia de la Humanidad. Sucederá, sin embargo, que la mayor parte de los hombres, consumado su rechazo de Dios y su plena aceptación del paganismo, permanecerán indiferentes ante lo que presenciarán en la Iglesia... , hasta que llegue el momento en que el cataclismo les afecte también a ellos y ya no puedan escapar (1 Te 5:3).

La conclusión a la que conduce este razonamiento hace pensar que el acontecimiento de la aparición de *la abominación de la desolación*, signifique lo que signifique tan misteriosa expresión, poseerá sin duda alguna un carácter *religioso*. Y apoyándose precisamente en tal *religiosidad*, es como contribuirá a llevar a cabo la obra de perdición que la Bestia, a su vez, se encargará de consumir entre la inmensa multitud de los que serán engañados.¹⁹

Otro grave error de estimación, fácil de cometer en este tema, consiste en la creencia generalizada de que *la abominación de la desolación* tendrá que ver con algún elemento activo de devastación, tal como la misma expresión induce a pensar. Parece, sin embargo, que la realidad será algo muy distinto, puesto que la aparición de *la abominación* está destinada a ser más bien *una señal*. Cuando los fieles la tengan ante sus ojos —los pocos que sepan reconocerla— podrán estar seguros de que ha llegado el momento de la Ruina y de la Desolación. Jesucristo lo dice expresamente, en una de esas locuciones que suelen ser leídas superficialmente y que corren el peligro, por eso mismo, de no ser bien entendidas: “*Cuando veáis*”... *entonces, los que estén*... etc.

¹⁹Engañados, pero no obstante culpables. No olvidemos que estamos ya ante el fenómeno de la *Gran Apostasía*, la cual habrá tenido lugar en la Iglesia y que para ese momento ya estará consumada.

Este error de apreciación al que nos referimos estará integrado, a su vez, por dos facetas. Por más que, en realidad, tanto una como otra pasarán desapercibidas para el sentir general de los cristianos. De ahí que, aunque suene a excesiva insistencia, convenga recordar que *la abominación de la desolación* aparecerá en la Iglesia para no ser considerada ni como *abominación* ni como *desolación*. Lejos de tal cosa, más bien será apreciada como objeto de veneración y de culto: precisamente para eso será erigida *en el lugar santo*.

En cuanto a la primera faceta de las que hablamos, queremos decir con esto que la aparición de la *abominación* marcará la señal definitiva de la llegada del Final de los Tiempos y *el comienzo de los dolores* (Mt 24:8). Un anuncio que, pese a la claridad de su significado, solamente será reconocido por el escaso número de los elegidos. Mientras tanto, la generalidad de los cristianos continuará con el ritmo normal de su vida, e incluso confundiendo las señales presagio de la inminencia de la Ruina con la eclosión de un tiempo de esplendor y de regocijo: *Lo mismo que en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Pues, como en los días que precedieron al diluvio comían y bebían, tomaban mujer o marido hasta el día mismo en que Noé entró en el arca, y no se dieron cuenta sino cuando llegó el diluvio y los arrebató a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre.*²⁰ Y dado que estas palabras son del mismo Jesucristo, poco lugar a dudas pueden proporcionar.

Sin embargo, tal estado de la situación no debe ser causa de extrañeza para nadie. Siendo el Reino de Satanás el Reino de la Mentira, y puesto que en los Últimos Días su dominio y poder habrán alcanzado su punto culminante, el humo del Engaño y el delirio de la Falsedad se habrán adueñado de las mentes de la mayoría de los cristianos. El tiempo que tendría que haber sido de alarma y

²⁰Mt 24: 37–39.

estremecimiento estará marcado por la euforia y la creencia, por parte de la Cristiandad, de hallarse a sí misma en el mejor momento de su Historia. Sin embargo, el verdadero tiempo del espanto llegará después, cuando sea demasiado tarde y el Príncipe de las Mentiras haya logrado ya sus propósitos.

La segunda faceta del error que estamos comentando se refiere a la aparición de *la abominación de la desolación* como el punto culminante de la Gran Apostasía, predicha por San Pablo para el final de los tiempos (2 Te 2:3) y, de una forma aún más terrorífica y clara, por el mismo Jesucristo (Lc 18:8). Llegado ese momento, la Iglesia habrá alcanzado ya el mayor estado de descomposición de toda su Historia (Lc 18:8; cf Mt 24:24), aunque no desaparecerá por completo gracias a la promesa de perennidad recibida de su Divino Fundador (Mt 16:18). En cuanto a la *apostasía* de la que habla el Apóstol abarcará a casi toda la Iglesia, e incluso parece más que razonable pensar que incluirá también a la Jerarquía.²¹ Así pues, la erección de *la abominación* en el lugar santo vendrá señalada por la culminación de un proceso de descomposición de la Iglesia que se traducirá, a su vez, en la crisis más profunda de toda su Historia, en la pérdida generalizada de la Fe, en la deserción de la Jerarquía y de multitud de fieles, en la puesta en cuestión de todos los dogmas y en la *defenestración* del Papado. Lo que no supone necesariamente la desaparición de este último, aunque sí la imposibilidad práctica,

²¹El hecho relevante de que San Pablo hable de la apostasía simplemente y sin más —ἡ ἀποστασία—, como sustantivo con el artículo, alude probablemente a una situación que abarcará a la universalidad de los cristianos. En lo que toca a la Jerarquía, es cierto que en ningún lugar de la Escritura es nombrada expresamente en lo que respecta a este punto y lugar. Con todo, cualquiera puede pensar que una *Gran Apostasía*, que abarcará a la gran multitud de cristianos, sería inimaginable sin los Pastores como una de sus causas principales. Las ovejas siguen a sus Pastores y caminan hacia donde ellos las conducen, para bien o para mal.

por parte del Romano Pontífice, de ejercer sus altas funciones de Vicario de Cristo y su Potestad sobre toda la Iglesia. Precisamente acerca de este último punto, ni siquiera es posible descartar *a priori* la posibilidad de que el hecho se produzca a través de una renuncia voluntaria y promovida por la Autoridad misma, dada la tendencia que se ha podido observar en los Papas, a partir sobre todo de Pablo VI.

Por citar solamente algunos de los acontecimientos que coincidirán con la aparición de *la abominación de la desolación*.

Hemos venido hablando, con las limitaciones pertinentes a la indagación de los misterios del profetismo, acerca de los posibles efectos a producirse en la Iglesia con motivo de la elevación de *la abominación de la desolación*. Pero es cosa obvia la importancia de adquirir un conocimiento más concreto, si fuera posible, acerca de la naturaleza de tan misteriosa realidad. Y de ahí la formulación de la pregunta que tanto inquieta a la curiosidad humana: ¿Qué es en realidad *la abominación de la desolación*?

Si no olvidamos que estamos ante uno de los misterios más profundos de los referidos a los Últimos Tiempos, ya no es necesario advertir que una respuesta, por lo demás siempre insuficiente, no podría formularse sino sobre la base de conjeturas. Las cuales —y esto es importante— habrán de establecerse sobre fundamentos razonables y serios, con el suficiente cuidado de prescindir en todo momento de imaginaciones e hipótesis puramente personales.²²

²²Como es lógico, todos los razonamientos que se hagan al respecto habrán de llevarse a cabo sobre la base —obtenida a través de la oración y de un estudio en profundidad— de una exégesis seria de los textos revelados, sin olvidar la importancia de tener a la vista las enseñanzas de la Tradición, las opiniones de los Padres y autores eclesiásticos, etc. . . , así como la práctica de una perspicaz observación de la realidad y de los acontecimientos de la Historia.

Aunque las posibilidades de escudriñar sobre el misterio no puedan ser optimistas en cuanto a los resultados, no debemos olvidar lo explicado al comienzo de este estudio. Donde ya se dijo que la profecía utiliza siempre un lenguaje arcano, cuyo misterio sólo será plenamente conocido en el momento de su cumplimiento. Lo que no obsta en absoluto, conforme a lo dicho también más arriba, para reafirmar la certeza de que, cuando Dios habla, efectivamente lo hace para decir *algo* que, por supuesto, es *veraz*; y además para ser *entendido* por los hombres, aunque esto último sea realidad únicamente hasta cierto punto y destinado, además, a quienes Él ha decidido otorgar tal conocimiento.

Esto tenido en cuenta, quizá pueda encontrarse un *principio* de respuesta en el hecho de que *la abominación* será *erigida en el lugar santo*. ¿Qué puede significar, por lo tanto, tal erección de *la abominación* en el “*lugar santo*”?

Si procedemos por partes, parece lo más urgente realizar un previo examen del posible significado de la expresión *la abominación de la desolación* en cuanto tal. Acerca del cual parece razonable aventurar que se refiere al *misterio de iniquidad*, el cual impera en un mundo cuyo señor es el Príncipe de las Tinieblas. En *la abominación de la desolación* estarían compendiadas la ingente malicia del pecado y la obra de una inteligente y continuada labor cuyo origen satánico es indudable. Tan diabólica tarea habría alcanzado al fin el momento de su apogeo y se habría convertido en la verdadera esencia de la *Iniquidad* misma. No parece improcedente pensar que la aparición de *la abominación* será la señal clara de que ya se habrá consumado la previa labor de perdición de multitud de creyentes.

Lo más extraordinario del caso y, si se quiere, lo más misterioso, lo más profundo y aun lo más inquietante, es que ahora *es entronizada en el lugar de culto*, a fin de ser venerada y admirada por todos

aquéllos que, de una u otra manera, con mayor o menor conciencia de lo que hacen, habrán abandonado su pertenencia a la verdadera Iglesia.²³

¿Y qué puede significar la expresión *erigida en el lugar santo*?

No cabe duda de que se trata de poner (situar) a *la abominación* en *cierto lugar*, el más significativo y de preeminencia para la Iglesia y el más apto, a la vez, para recibir la veneración y culto de sus seguidores. Es evidente que lo *sacro* y lo *cultural* irán aquí de la mano. De nuevo hay que insistir en el hecho de que la *iniquidad* habrá de mostrarse necesariamente bajo la máscara de la *santidad*. Por eso sería peligroso olvidar que el disfraz preferido por Satanás es precisamente el de *Ángel de Luz*. El vocablo utilizado aquí por el Evangelio de San Mateo es el de ἕστòς, que significa poner, colocar, establecer a la vista de todos, confirmar, etc. En definitiva, se trata en nuestro caso de una exposición pública, con carácter de universalidad, destinada a recibir el reconocimiento, la sumisión y la veneración de todos.²⁴

Y aquí damos fin a nuestras divagaciones sobre la misteriosa expresión bíblica *la abominación de la desolación*, señalada por una

²³En lenguaje bíblico habría que decir aquí *por todos los seguidores y adoradores de la Bestia*. Hasta es posible que sigan creyendo que forman parte de la Iglesia; aunque de hecho no será así, puesto que aquella de la que ahora formarán parte será una Iglesia falsa, mientras que la verdadera les habrá sido escamoteada. De todas formas está fuera de toda duda que quienes hayan optado por *la abominación*, siempre habrán de ser calificados de culpables con respecto al abandono de la Fe. Nadie es engañado, ni se hace víctima de la pérdida de la Fe, sin que medie algún tipo de colaboración por su parte.

²⁴El verbo correspondiente al vocablo ἕστòς aparece también, por ejemplo, en Ro 3:31 con la significación de confirmar, o con la de exponer (para ser visto) en Mt 26:15, etc., además de otros diversos lugares con sentidos idénticos o similares.

profecía del mismo Jesucristo como aviso que aparecerá y precederá al momento final de la Historia.

Pero, tal como habrá podido comprobar quien haya sido capaz de completar esta lectura, por nuestra parte no hemos intentado hacer otra cosa, al pergeñar este escrito, que arañar en el significado del misterio; sabedores de antemano del único resultado posible a conseguir: el hecho de redactar una serie de especulaciones, probablemente desprovistas de fundamento, y de las que nadie habrá de sentirse obligado a tomarlas demasiado en serio.

El misterio seguirá siendo tal misterio. Y, en cuanto al momento de su cumplimiento, solamente de Dios es conocido. De los textos bíblicos hemos podido deducir, sin embargo, y con bastante probabilidad en este caso, que no sabremos reconocer la realidad de *la abominación de la desolación* cuando llegue el momento en que sea erigida en el lugar santo, a pesar de tenerla ante nuestros ojos. ¿O quizá está ya ante ellos. . . ? No es fácil saberlo. Una vez más nos tropezamos con el problema de siempre cuando se trata del momento de la *Parusía* y de los acontecimientos que la han de preceder: que Dios se ha reservado para Sí el conocimiento del instante preciso en el que el reloj del tiempo, destinado a marcar los pasos de la Historia, dejará de funcionar. Del conjunto de lo que se podría decir, con respecto a las profecías de los Últimos Tiempos, se deduce sin embargo una cosa cierta: que la pretensión de decir que *ya ha llegado el momento* sería una fatuidad tan grande como la de asegurar que *aún no ha llegado*.

Otra cosa cierta que también se desprende de lo dicho aquí, se refiere a la conveniencia, amparada en tantos avisos bíblicos, de que el discípulo de Jesucristo se encuentre siempre preparado y dispuesto: *Estad preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el*

*Hijo del Hombre.*²⁵ Y de todos modos, cosa en la que tanto hemos insistido, nos han sido dadas unas señales, por lo demás bien patentes, para comprender lo que ha de venir; las cuales, a pesar de todo, pocos sabrán reconocer. Por nuestra parte, en nuestra extrema limitación y falta de saber, hemos intentado decir algo acerca de lo que nuestro entendimiento fue capaz de especular con respecto a *la abominación de la desolación*. Aunque a decir verdad, en ningún momento hemos pretendido decirlo todo, pues no siempre es bueno, ni posible, hablar de la totalidad de lo que sabemos.

Mientras tanto, la Barca de Pedro proseguirá su ruta, sufriendo tribulaciones y afrontando tempestades, pero animada siempre por la promesa de perennidad recibida de su Fundador, según la cual nada ni nadie, ni en la tierra ni en el infierno, podrá acabar con Ella. Y los hombres de buena voluntad, los que nunca consintieron en pactar con el error ni optaron por amar la mentira, los fieles discípulos de Jesucristo, sentirán fortalecerse su corazón ante la feliz consigna escuchada de boca de su Maestro: *No se turbe vuestro corazón ni se acobarde.*²⁶ Con la entera confianza de que, tan cierto como que Él se marchó un día y pareció dejarlos solos, igualmente volverá de nuevo para recogerlos y llevarlos junto a Él: *Me voy y vuelvo a vosotros...*²⁷ *Así también vosotros ahora os entristecéis, pero os volveré a ver y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría...*²⁸ *Cuando me haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que, donde Yo estoy, estéis también vosotros.*²⁹

²⁵Lc 12:40.

²⁶Jn 14:27.

²⁷Jn 14:28.

²⁸Jn 16:22.

²⁹Jn 14:3.